

te, temblaban del sanedrín; y desde que se veían en un peligro, ó expuestos á alguna tempestad, clamaban á Jesucristo para que los librara.

¿De dónde proviene, pues, que estos hombres tan vulgares y tímidos, de repente, despues de la muerte de Jesucristo, sean capaces de arrojo tan temerario, como inventar tan inverosímil impostura, y sostenerla con tanta tenacidad? ¿Cómo se conducen con un carácter y firmeza que no es dada á la flaqueza humana? Su corazón, pues, se ha mudado, y su razón se ha invertido: ¿y con qué estímulo? porque desde que ven á Jesucristo muerto ya no pueden esperar nada. ¿Cómo no huyen? ¿por qué no se esconden? Pues si Jesucristo los ha seducido, si no ha resucitado, nada pueden ganar en ser reconocidos por discípulos suyos. ¿Qué esperanza les podía quedar viendo que el que les habia prometido la vida eterna, diciendo que él era la resurrección y la vida, está él mismo sujeto al poder de la muerte?

No es posible entender este trastorno. Mientras esperaban en Jesucristo lo temían todo, y ahora que ya no podían esperar en él, no temen nada. Quando creían servir á Dios sufriendo por Jesucristo, pues le tenían por su enviado, eran tímidos y cobardes; y ahora que debían saber que no le sirven, pues Jesucristo muriendo los ha desengañado, no solo le defienden intrépidos y valerosos, sino que inventan una mentira con

que ultrajan á Dios, y se deshonran ellos mismos. ¿Quién podrá comprenderlo?

Yo quiero suponer que los apóstoles y discípulos fuesen tan ignorantes é imprudentes, que se atreviesen á concertar una impostura tan grosera; pero era menester estar privados de todo rayo de luz para no ver que una novedad tan extraña, que apenas sería creída siendo cierta, no podía acreditarse siendo una patraña tan visible. Que era imposible concertar bien hechos tan complicados y diversos entre tantas y tan diferentes personas; pues unos dirían de una manera, otros de otra, y su diversidad debia descubrir la impostura. Que no todos quizá se acomodarian á consentir en apoyar el embuste, y que uno solo bastaba para descubrirlos á todos. Que era muy fácil que alguno los delatase, porque eran pobres, y porque mintiendo no podían ganar mas que los tormentos, la prision y la muerte; en vez de que aquel que diría la verdad, dando gusto á los primeros señores del estado, podia adquirir dinero y protección: uno solo, que aunque deseoso de entrar en el concierto tuviese el justo y natural temor de ser descubierto por alguno de los otros, bastaba para no entrar y desconcertar á los demás. Y en febriv. al. atip. del. se sup. nos. zozoz. Todas estas ideas eran simples y naturales: no hay hombre por limitado que sea á quien no se le presenten; pero yo quiero suponer que estos

hombres eran tan insensatos y estaban tan ciegos que no vieron nada de esto, ni tuvieron temor de nada; quiero tambien suponer lo que únicamente pudiera hacerlo verosímil, esto es, que toda esta muchedumbre se volviese loca con el mismo género de locura, y precisamente en el mismo tiempo que fué el de la muerte de Jesucristo: ¿os parece esto verosímil? ¿os parece posible? Pero cuando lo fuera, no seria por eso posible el concierto, pues quedan inconvenientes mayores que superar.

Porque con todo lo que hemos dicho, no hemos despojado á estos hombres mas que de la razon. ¿Pero quién podrá quitarles los sentimientos naturales, estos sentimientos íntimos y siempre inseparables, de que ni la enfermedad ni la locura ni otro ningun estado puede despojar al hombre mientras vive y siente? Tales son el horror del dolor, y el amor del placer, ó el bienestar. Que se me explique ¿cómo estos hombres siendo tantos, han podido sufrir con tan heroica constancia los azotes con que se les maltrata, los tormentos, cadenas y prisiones con que se les aflige, los desprecios y oprobios con que se les humilla, y en fin, los horrores de los suplicios dolorosos con que se les quita la vida? Y que se me explique tambien ¿cómo esta insensibilidad y extravagancia ha podido durar tanto tiempo? ¿cómo se ha sostenido con un heroismo, que nun-

ca tuvo igual, sin que jamas se desmintiese ninguno?

Ve aquí, señor, las consecuencias y los inconvenientes que es indispensable superar para suponer aquel concierto. Pero volved la medalla: suponed por un instante que la Resurreccion es verdadera; entónces todo es claro, todo se explica fácilmente, y es natural que suceda lo que en efecto ha sucedido; los hechos que refiere la historia son verosímiles y naturales, y no hay dificultad en nada. Yo voy, señor, á presentaros estos hechos, y observad, que no hay ninguno que no sea sencillo y fácil, que no sea público y notorio, que no sea indubitable y constante, que no sea no solo cierto y probado, sino tambien comprobado por los otros hechos de la historia, sin que sea posible ni racional el negarlos ni aun dudarlos.

Ve aquí los hechos: Que mientras Jesucristo vivió, sus apóstoles y discípulos eran groseros, ignorantes y tímidos; que desde que vieron preso á su Maestro, huyeron y le abandonaron; que Pedro, el primero de todos, que parecia el mas amante y valeroso, le negó tres veces sin mas motivo, que el miedo que le inspiró una criada; y que en fin casi todos le dejaron solo en el momento de la muerte: esto es posible, verosímil, y nadie lo negará.

Tampoco se puede negar, que despues de la

muerte de Jesucristo. estos mismos hombres, como si se hubieran revestido de un nuevo espíritu se derramaron por las calles y plazas de Jerusalem, publicando que Jesus, á quien los judíos habían crucificado, era el verdadero Mesías ó el enviado de Dios, el libertador de Israel, prometido á los patriarcas, y anunciado por los profetas, en fin, el Redentor del mundo. ¿Y por qué esto? Porque Jesus habia resucitado como lo habia predicho, y que ellos le habian visto y le habian hablado; que por espacio de cuarenta dias se les habia aparecido muchas veces, y que les habia hablado y dado diferentes instrucciones, hasta que lo vieron subir al cielo. Digo que esto no se puede negar, porque son los principios del cristianismo, y los medios con que se propagó por toda la tierra, y subsiste.

Ahora se pregunta: ¿Cómo hombres que eran tímidos y miserables, se atrevieron á declamar con tanta fuerza contra el suplicio de su Maestro condenado por los primeros magistrados de la nacion? ¿Cómo apesar de que los ponian en prision, los azotaban, y los amenazaban con la muerte, continuaban en publicar aquellas mismas cosas, de modo que al instante que los ponian en libertad volvian á empezar de nuevo? Y se responde, que nada podia impedir que no creyesen y dijesen lo que ellos habian visto; y que su fe diminuta y confusa mientras Jesucristo vivia, ha-

día adquirido un grande grado de fuerza, cuando por su resurreccion y su ascencion vieron con evidencia que era el Mesías.

Se pregunta: ¿Cómo tantos testigos de tan diferentes genios y condiciones, así hombres como mugeres, estuvieron tan uniformes en la relacion de un hecho tan extraño? Y se responde, porque le vieron, y habiendo visto todos lo mismo, era preciso que lo mismo dijeren todos.

Se pregunta: ¿Cómo unos pescadores ignorantes, que poco ántes no sabian hablar, hablan ahora con tanta fuerza y elocuencia que persuaden á millares de judíos? Ellos mismos responden, que Jesucristo ántes de subir al cielo, les habia prometido enviarles su Espiritu: que en efecto el dia de Pentecostes descendió sobre ellos, y que él era el que hablaba por sus labios. Es menester que esto sea verdad; porque si no, es imposible concebir, cómo hombres tan groseros podian convertir á tantos, entre quienes podia haber algunos instruidos; ó cómo podian ser entendidos por judíos de diferentes naciones, que hablaban distintas lenguas, y que estaban en Jerusalem por acaso, y solo por concurrir á la solemnidad de aquel dia.

El Evangelio dice, que en efecto los apóstoles hablaban toda especie de lenguas, y eran entendidos de todos. Me parece que esto era indispensable; pues de otro modo seria imposible que

hiciesen tantas conversiones. Por otra parte, las conversiones son ciertas y evidentes; pues con estos primeros convertidos se formó la primera Iglesia de Jerusalem, y las que despues se formaron en los demas paises, cuya sucesion viene hasta nosotros. Así, estos hechos evidentes comprueban la inspiracion de los apóstoles; y si este milagro es verdadero, todos lo son, porque estan enlazados entre sí. Pero yo no quiero por ahora valerme del Evangelio para nada; despues hablaremos de su autoridad. Mi designio en este momento es no servirme mas que de hechos indubitables y notorios, de hechos que no se puedan negar, y cuyo testimonio sea tan evidente, que no se pueda resistir á la prueba que producen.

Los únicos hechos, pues, á que me atengo por ahora son, que los apóstoles, los discípulos y aun las mugeres predicaron que habian visto la Resurreccion y la Ascension de Jesucristo. Me parece haber manifestado la imposibilidad de que tantas personas pudiesen concertarse para inventar y sostener esto, si no fuera cierto, y probádo la por razones sacadas de la naturaleza de las cosas; ahora la voy á probar por otras sacadas de la naturaleza y calidad de los testigos.

¿Quiénes son estos testigos? Ya hemos dicho que eran hombres simples, pescadores groseros, sin ingenio ni talento, sin uso del mundo, sin amigos ni protectores que puedan sostenerlos. No

es, pues, posible suponerles ni la malicia necesaria para urdir una invencion tan monstruosa, ni la industria y artificio que seria menester para persuadirla, ni los medios oportunos para llevarla al cabo; sobre todo, si se reflexiona, que lo que decian era contra los hombres mas poderosos del estado, que tenian muchos medios de reprimirlos, de desengañar al pueblo y demostrar su falsedad.

¿Qué mas eran? Hombres que no habian recibido instrucciones sino de Jesucristo, el enemigo mayor de la mentira; por consiguiente que no podian ignorar que su Maestro desaprobaba su conducta, si no era sincera. Por otra parte eran hombres de virtudes eminentes, y conformes en todo á los documentos que les habia dejado. ¿Cómo pues es posible, que los que le obedecen en todo le falten en este solo punto? Su virtud era tan conocida como respetada; sus mayores enemigos, los mismos que los aprisionaban y azotaban, jamas pudieron acusarlos del menor delito. Por el contrario, admiraban su valor, su celo, su desinterés y otras mil virtudes que les captaron en efecto la veneracion pública; y contribuyeron mucho á multiplicar las conversiones que hicieron.

No es, pues, posible imaginar, que hombres tan desinteresados y virtuosos hayan querido deshonorar á Jesucristo por servirle; que los que sacrifi-

caban no solo sus propios intereses, sino su tranquilidad y su vida por ser útiles á los demas, quieran deshonrarse á sí mismos, exponiéndose á ser descubiertos como autores ó cómplices de una iniquidad. Su razon, su propio interes, la inocencia de su vida, todo en fin, resiste á la idea de que hayan querido engañar.

¿Pero no podian estar engañados ellos mismos? No, no lo podian estar, y ve aqui los motivos. Es muy fácil concebir que un hombre de juicio y virtud pueda engañarse, cuando se trata de un dogma, de una opinion ó de una doctrina; porque le entendimiento, único juez de todas las ideas especulativas, no tiene siempre todas las nociones necesarias para discernir bien lo verdadero de lo falso, y con una sola que le falte, ó una sola que no vea bien, puede fácilmente formar un juicio errado y engañarse.

Pero cuando se trata de hechos palpables y sujetos á los sentidos; cuando se trata de cosas públicas y circunstanciadas, que acaecieron en tal tiempo y tal lugar; de cosas que han sido vistas por muchos, y que todos las han visto del mismo modo, es imposible que se engañen todos.

Apliquemos estos principios de verdad eterna á los apóstoles y demas discípulos. Lo que estos dicen únicamente es, que has visto á Jesucristo resucitado, y que le vieron subir al cielo. Ve aquí hechos simples, desnudos y sujetos á los sen-

tidos. Aquí no hay ideas, especulaciones ni dogmas; todo es sensible y palpable. ¿Cómo, pues, pudieron engañarse? Ellos conocian muy bien á Jesucristo, pues vivieron familiarmente con él mucho tiempo. Jesucristo fué condenado por el Sanedrin, fué clavado en una cruz: este suplicio le dejó señaladas diversas cicatrices: su suplicio fué público, su muerte notoria; y no solo fué muerto, sino tambien embalsamado y enterrado.

Este hombre de que hablan los apóstoles, y dicen: Jesucristo que ha sido muerto y enterrado, y que nos ha prometido que resucitaria, ha resucitado en efecto; porque se nos ha aparecido muchas veces, y no solo ha conversado con nosotros, sino tambien ha comido, y hemos tocado y palpado sus cicatrices, y ademas nos ha dado diversas instrucciones. Al principio no lo podiamos creer; pero al fin nos hemos visto forzados á rendirnos al repetido y constante testimonio de nuestros ojos y nuestros oidos. Es imposible engañarse en estos hechos, como es imposible engañarse, cuando se ve que un muerto ya corrompido resucita; porque los sentidos bastan para asegurar lo que es palpable.

Añadamos, que estos testigos no eran crédulos. Jesucristo se les apareció estando todos juntos, excepto Tomas (1). Aunque las puertas

(1) Luc. xiv. 39.

estaban cerradas, entra, se les presenta delante y los saluda. Ellos se asombran; pero lejos de creer la verdad, imaginan que es una ilusion, un fantasma, y es menester que Jesucristo los asegure, y que para persuadirles, haga que le toquen y palpén con el fin de mostrarles que tiene huesos y carne, y que no es un fantasma. Para darles mas pruebas de que está vivo, come y bebe en su presencia; y todo esto fué menester para persuadirlos.

La misma dificultad aparece en la conducta de Tomas. Este viene despues que Jesucristo ha desaparecido; los otros le cuentan lo que ha pasado, Tomas no cree nada; y á pesar del unánime testimonio de todos, que le aseguran haberle visto, y haber conversado con su maestro, Tomas concluye que no lo creerá si no le ve. Jesus quiere convencerle, y en otra aparicion en que él se encuentra, le increpa su incredulidad, y le manda poner la mano en sus llagas (1). Tomas lo hace, y no pudiendo resistir á la evidencia de esta prueba, se arroja á sus piés, y le adora como á su Dios. Jesus le dice: Tú has creído porque has visto: bienaventurados los que no vieron y creyeron. ¿Se puede decir que testigos de esta especie son crédulos?

Pues bien, estos testigos tan incrédulos al prin-

(1) Joana. xi. 24. hasta el fin.

cipio, creyeron despues con tanta fuerza y firmeza, que siendo de la mas baja extraccion del pueblo, se atrevieron á improperar á los primeros del estado el delito de haber dado la muerte á Jesucristo; y no solo publicaron á todo riesgo su Resurreccion y su Ascension, sino que consignaron estos hechos en libros escritos para instruir á la posteridad. ¿Pero qué libros? Es imposible leer el nuevo Testamento sin admirar el carácter de verdad, de originalidad y grandeza que se descubre en el libro único, inimitable y sublime, que manifiesta en sí mismo que no es obra de hombres.

La elevacion de sus pensamientos, la magestuosa simplicidad de su expresion, la novedad y pureza de su doctrina, la importancia y la universalidad del corto número de sus preceptos, su admirable proporcion con la naturaleza y las necesidades del hombre, la ardiente caridad que con tanta generosidad promueve, y en fin, el sentido misterioso y verdaderamente teológico que encierra, son atributos y perfecciones que no se hallan en ninguna produccion del espíritu humano. Añadid el candor, la ingenuidad, la modestia, ó por mejor decir, la profunda humildad de sus autores, el olvido perpetuo de sí mismos, la noble simplicidad que no les permite hacer la menor reflexion ni el elogio mas breve de las acciones de su Maestro, la sencillez con que refieren las cosas mas grandes, sin mostrar el mas

liger designio de excitar la admiracion, ni otra solicitud que la de instruir y mejorar: todo en fin, manifiesta que estos escritores no se propusieron mas que enseñar á los hombres lo que era esencial á su felicidad.

Tan llenos estan de este espíritu, y tan léjos de sí mismos, que cuando exponen las mas importantes verdades, olvidan todos los adornos; su estilo es al mas sencillo. Por ejemplo, el leproso extendió su mano y se halló sano.... el enfermo cargó su lecho y se puso á andar.... Sin duda que este es el verdadero sublime, porque cuando se habla de Dios, no se puede decir mejor sino que manda y que la cosa es hecha; pero este sublime no es estudiado ni nace del arte, sino del objeto; es sublime porque el hecho lo es; el escritor no podia dejar de expresarle como era.

Pero lo mas singular de todo es, que estos mismos hombres que fueron los escritores de aquel libro, y los testigos de los hechos y prodigios que contiene, hacian ellos mismos otros prodigios iguales; ellos tambien decian á un paralítico: Levántate y anda; y el paralítico se levantaba y andaba. A pesar de un poder tan sobrenatural no solo desprecian el aplauso de los pueblos, sino que les explican positivamente, que no son ellos los que los ejecutan (1). Uno de ellos les dice:

(1) Actor m. 10. 12.

¿Por qué os asombráis de esto? ¿por qué nos miráis con admiracion? Como si hubiéramos hecho marchar á este hombre por nuestro propio poder ó virtud, cuando es por la de Jesucristo. ¿Qué corazon sensible puede ver tanta sinceridad y desinteres sin sentirse conmovido? ¿Y qué hombre de esta especie no son buenos para testigos? ¿Quién se atreverá á recusarlos? ¿quién podrá imaginar que sean capaces de mentiras monstruosas?

No olvidemos tampoco, que cuanto contiene este libro admirable ha sido compuesto y publicado poco despues de los sucesos: y aquí quisiera haceros una reflexion. ¿Quién puede imaginar, que nadie se atreva á escribir y dar á leer á sus contemporáneos unos hechos de que ellos deben ser tambien testigos, si no fueran ciertos? Y cuando esta presuncion no fuera tan fuerte, á lo ménos se debe creer que si no fuesen conformes á la mas exacta verdad, los autores procurarian no individualizarlos mucho, porque cada circunstancia añadiría un medio de descubrir la falsedad.

Pero observad el Evangelio: todo está circunstanciado: los nombres de las personas, su calidad, su oficio, su habitacion, sus enfermedades, los lugares, los tiempos, y otras mil cosas menudas, que determinan el hecho de la manera mas precisa, de modo que cada uno conoce, que si se hubiera hallado en el sitio y en el tiempo en que pasó

el suceso, le hubiera sido fácil examinarle. Sus autores tienen enemigos que han mostrado un gran deseo de desmentirlos, y ninguno se atreve á negar la verdad de los hechos; solo procuran deslucirlos, atribuyéndolos á la magia, lo que en cierta manera es confesarlos.

Y no se puede decir, que quizá los antiguos los negaron y escribieron contra ellos, y que han podido perderse estos escritos; porque hoy existe una nacion entera, que desciende sin interrupcion de los enemigos de Jesucristo, que ha recibido en herencia su odio y sus opiniones, y que conserva escrupulosamente las tradiciones y escritos de aquel tiempo. Es constante que tambien conservarian estos, si los hubiera: el interes de los padres era producirlos, y el de los descendientes conservarlos. Pues los apóstoles acusaron á sus magistrados de haber crucificado á su Mesías, ¡con qué facilidad los que tenian el gobierno en la mano hubieran podido confundirlos! ¡con qué solicitud sus historiadores los hubieran denunciado á la posteridad! Pero léjos de esto ellos callaron, y se multiplicaban los convertidos cada dia.

Tampoco puede atribuirse el silencio de los magistrados á desprecio ó indiferencia; pues siempre que imaginaban poder encontrar medio para descubrirles alguna falsedad, practicaban todo cuanto podian para descubrirla. Su desgra-

cia era, que como todo era cierto, á pesar de sus esfuerzos no pudieron hallar la menor falta; las informaciones que hacian, se volvia contra ellos, y quedaban avergonzados. Pudiera producir mil ejemplos; me contentaré con el del cojo de nacimiento.

Apénas los apóstoles empiezan á predicar la Resurreccion, cuando los jueces les hacen comparecer en los tribunales (1). Los examinan, y ellos repiten lo que habian dicho al pueblo: les amenazan y les mandan guardar silencio. En efecto, al entrar en el templo dos de ellos curan á un hombre que nació estropeado: el tribunal lo sabe, y al punto los hace comparecer: les pregunta, ¡con qué virtud y en que nombre han hecho aquella cura? Los reos responden: Gefes del pueblo, pues nos haceis comparecer por haber hecho bien á un hombre miserable, y pues nos preguntais en qué nombre lo hemos hecho, sabed, ó jueces, y sepa tambien todo el pueblo que lo hemos curado en nombre de Jesus á quien vosotros habeis crucificado.

¡Quién no se asombra de ver á dos pescadores que puestos en juicio léjos de captar la benevolencia de los jueces, empiezan por darles en cara con un delito atroz, y acaban por confirmarles el hecho que mas los indigna! Y de este lance solo re-

(1) Actor. v. 1.º



sulta un raciocinio tan simple como convincente. Si el Crucificado lo ha sido justamente; si no es cierto que haya resucitado; y si el milagro de la cura tampoco es cierto, los magistrados deben estar seguros de todas estas falsedades, pueden dar las pruebas de todo, y deben justificarse, manifestar la malicia de los apóstoles y castigarla. Esto es natural; pero no es lo que hicieron. Sigamos la historia.

Cuando los gefes del pueblo vieron la osadía de estos dos discípulos, que supieron serlo del Crucificado, y que eran hombres sin letras y del comun del pueblo, quedaron atónitos; pero como veían también allí al que quedó curado, no podían decir nada. Al fin los mandan salir del consejo, para consultar entre sí; después los vuelven á hacer entrar, y les prohíben con amenazas hablar ni enseñar en nombre del Crucificado.

¿Quién podía esperar esta conclusion? ¿Qué, estos senadores tan enemigos de los discípulos y tan irritados no se atreven ni á desmentirlos ni á castigarlos? ¿Los discípulos son impostores, atestiguan una resurreccion falsa, acreditan un milagro que no han hecho, lo atribuyen á un malhechor que ellos han condenado, les hablan con firmeza; y ellos se contentan con repetirles una vana prohibicion de predicar? Los jueces confiesan, pues, que el milagro del cojo es cierto: y pues se hizo en nombre de Jesucristo, también lo es que este

ha resucitado: por lo ménos es evidente, que lejos que prueben lo contrario, confiesan tácitamente la resurreccion.

¿Qué se puede inferir de una conducta tan extraña? Que los jueces no se atrevieron á proceder contra los apóstoles, apesar del modo con que estos los trataban, porque los hechos eran tan notorios y públicos, que no hubieran hallado creencia en el pueblo. Se dice, que solo aquel milagro convirtió cinco mil personas (1); y es muy creible. Por eso los jueces no se atrevieron á condenarlos ni á negar el hecho; pero intentaron desacreditarlo, atribuyéndole al arte mágica.

Cuando jueces, que tienen en su mano todo el poder y autoridad, para probar la falsedad de un hecho, se ven reducidos á la necesidad de decir, que se hace por magia, no pueden confesar mas claramente su verdad.

No acabaria, señor, si quisiera exponeros todos los ejemplos de esta naturaleza. Solo os pido que hagais una reflexion, y es que el milagro de la resurreccion, que tanto aseguran estos testigos, es un eslabon de la cadena con que se eslabonan los que precedieron, y otros muchos que se hicieron después, tales como la Ascension del Señor, y la venida del Espíritu Santo. Todos estos milagros estan encadenados entre sí, y componen

(1) Actor, iv. 4.

un total ó conjunto tan seguido, que unos dependen de otros, y todos se sostienen entre sí.

Porque si es cierto que los apóstoles tuvieron el don de lenguas, y que por eso pudieron convertir á judíos de diversas naciones, tambien lo es que Jesucristo ha resucitado. Si está probado que Jesucristo hizo milagros en su vida, y que predijo su resurreccion, no puede quedar duda de que resucitó. Con una de estas cosas que se prueba, todas las demas quedan probadas. Veamos, pues, lo que añaden de nuevo estos testigos.

Dicen, que despues de haber visto á Jesucristo resucitado, despues de haber conversado con él muchas veces, lo vieron subir al cielo. Y para probar este nuevo milagro presentan otros muchos testigos, que lo fueron de este hecho, sin haberlo sido del otro, de modo que la resurreccion adquiere un mayor grado de seguridad y certidumbre por este grande y numeroso concurso de testigos que vieron la ascension; y esta es otra infalible prueba de la resurreccion, como ella lo es de todos los demas milagros y maravillas de su vida.

El hecho es que los apóstoles, los discípulos conocidos por tales, las mugeres y otros muchos que se agregaron de nuevo, hasta el número de quinientos dijeron (1): Que todos á tal hora, tal

(1) 1. Gorinth. xv. 6. Actuum 1. 9. & 10.

dia y en tal lugar habian visto subir al cielo á Jesucristo, despues de haberse despedido de ellos. Todos repitieron lo que les habia dicho, y refirieron todas las circunstancias del hecho sin discrepar en nada. Supuesta esta relacion uniforme, ó el hecho es cierto, ó todos son impostores; porque es imposible imaginar que hayan podido engañarse. Todos conocian á Jesucristo, el hecho sucede cuarenta dias despues de la resurreccion, que habia dado grande motivo á hablar y estar informados de todo, y tuvieron tiempo y medios para reflexionarlo bien.

Por otra parte, el hecho sucede al medio dia. El sol alumbraba cuando dicen que Jesucristo se elevó al cielo. ¿Cómo, pues, es posible concebir que tanta multitud haya podido engañarse? ¿que todos hayan podido creer que veian en el mismo instante el mismo objeto y del mismo modo, si ninguno viese nada? Reflexionad que esta no es una imágen rápida ni una aparicion muda. Jesucristo les habla, les da preceptos, les manda que no se alejen de Jerusalem hasta que hayan recibido el Espíritu Santo; les hace promesas, y promesas tan altas, que no pueden venir sino de Dios, pues les promete que les asistirá, y estará con ellos hasta el fin de los siglos; y por último, les manda que bauticen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ve aquí lo que cuentan unánimes todos los tes-